

COMO EN EL SACROMONTE

Enrique Satué Oliván-2011

Este sencillo artículo debe su existencia al inmenso aprecio que profesa un alumno, Juan Giménez, a su antigua maestra, Carmen Ibor Ruspira.

Como suele suceder en el caso de la gente más íntegra de la enseñanza, el artículo se escribe a regañadientes de la protagonista, que no se cree merecedora de ningún elogio y que si, finalmente, accede, lo hace para que sea conocida la complejidad del trabajo desarrollado en la escuela de las Mártires y, también, para que sirva de acicate al profesorado que hoy comienza su andadura. Pues, como bien dice Carmen Ibor, a pesar de que tiene varios reconocimientos oficiales, siempre estuvo más pendiente de la conciencia tranquila que de los premios.

Nuestra amiga Carmen Ibor Ruspira nació en el año 1928 y, lógicamente, hace años que disfruta su jubilación. Es hija de una familia de agricultores de la calle San Lorenzo de Huesca y, por lo tanto, lleva todo el antiguo quehacer de su familia en el corazón.

Realizó todos los estudios como becaria, para obtener un 27 de enero de 1947, en pleno frío de posguerra, destino como interina en la aldea de Morillo de Sampietro.

Tras varios destinos por el Pirineo, en algunos de los cuales sus vecinos llegaron a pedir su continuidad al Gobernador Civil, en 1956 fue destinada para regentar una escuela parroquial para gitanos en el Cerro de las Mártires de Huesca, lugar en el que trabajó cinco cursos hasta que, aprobadas las oposiciones, fue destinada a Ventafarinas, en el límite entre Aragón y Cataluña, una finca de los Condes de Figols, donde daba clase a los hijos de los sirvientes y donde asentó su concepto de la Pedagogía social.

Mientras tanto, al crecer la población escolar gitana de la Escuela Parroquial de Mártires, en 1972 fue requerida por su patronato para regentar una de las unidades que fueron instaladas, en aulas prefabricadas. Hecho al que accedió a pesar de estar en sus manos el obtener destino normal en la propia capital.

Por aquel entonces, estas escuelas dependían de un convenio entre el Ministerio de Educación y el Departamento de Pastoral Gitana, perteneciente a la Conferencia Episcopal.

Desde aquella fecha, hasta la de su jubilación, en 1990, Carmen vivió el tránsito complejo que llevaba a la población gitana del reducto de las Mártires a la integración

en los centros ordinarios, pasando por la Escuela Puente de Gitanos, ubicada en el actual centro de adultos Miguel Hernández y cuyo patronato se suprimió en 1986.

En este breve artículo, nos centraremos en el periodo de cinco cursos durante los que Carmen se enfrentó, sola, en un insólito paraje, a una realidad social estremecedora, donde todo estaba por hacer.

“Siempre he sido atrevida, pero por entonces lo era más. Son las cosas de la juventud..., asegura Carmen.

No es por dárme las, pero trabajaba igual que el Padre Manjón, en las cuevas del Sacromonte de Granada. Cuarenta críos sentados en el suelo, sin cuadernos y, al comienzo, sin pizarra. En un altillo de la ermita, con dos pobres ventanales que miraban hacia Huesca...”

La Inspección me decía que tuviese cuidado en aquel lugar. A veces venía a verme la Guardia Civil, montada a caballo, y a mí me parecía que ellos estaban más preocupados que yo”.

Efectivamente, aquel era el marco en el que una muchacha de dieciocho años, recién acabada la carrera, se movía. Una escuela que aglutinaba a la mayor parte de la población escolar gitana ya que aquel cerro de las Mártires, plagado de trincheras y cuevas de la guerra civil pasada, constituía el principal hábitat de la población gitana oscense.

Siguiendo la pedagogía imperante en aquel momento, la escuela se inspiraba en la Pedagogía del Padre Manjón y las Escuelas del Ave María. Estaba gobernada por un patronato tripartito compuesto por la colectividad gitana, la Iglesia y el Ministerio de Educación Nacional, siendo mosen Demetrio Segura, el sacerdote ocupado del tema por parte de la próxima parroquia de Santo Domingo y San Martín.



Carmen Ibor, unas manos que han dado todo a los demás. Huesca 2011.

En el altillo meridional de una ermita dedicada a las santas mártires oscenses, santas Nunilo y Alodia, alrededor de una estufa de leña y sin apenas medios, sólo cabía que hacer relaciones sociales y pedir. Y eso es lo que hizo de maravilla Carmen que, antes que pedagoga, por urgente necesidad, fue, sobre todo, asistente social.

La leche en polvo y el queso de la Ayuda Americana no eran suficientes, por lo que había que pedir a las Conferencias de San Vicente de Paúl, a los comerciantes de la ciudad y, si venía al caso, al propio Gobernador Civil.

Pronto se dio cuenta Carmen de que aquella escuela no tenía sentido sin contar con un comedor escolar, por sencillo que fuera. Lo consiguió con la ayuda del Ayuntamiento y así pudo atraerse, sobre todo, a las madres.

“No es por nada, pero los gitanos aún se acuerdan de mí y me respetan mucho. Fíjate que a uno lo llamaba yo *El Chiquitín* y, hoy, cuarenta años después, aún lo llaman así. Y es que estas cosas te dejan marca. Cuando veo al *Molotes* por la cale –que canta saetas de maravilla- o al *Perretes*, o al sobrino de *Juanín*, que trabaja en el Ayuntamiento, se me mueve el corazón...”.

Buena parte del éxito de Carmen Ibor en la escuela de las Mártires estuvo en la clarividencia de los objetivos y de los métodos que utilizó. Primero pensó en la higiene y la salud de su alumnado, después en ganarse a las familias y, finalmente, en promover el respeto mutuo entre la población paya y la gitana y la inclusión de ésta en la sociedad. Sobre estos pilares trenzó una didáctica del sentido común, adaptada a los intereses del alumnado.

Para lograr el respeto de las familias no dudó en visitar de modo regular a los enfermos en el hospital, o en acudir a los bautizos, las bodas y los entierros. Y aún recuerda cómo, con la colaboración del doctor Duch, atajó una pasa vírica de conjutivitis que afectó a toda la escuela.

Así, no es de extrañar, que el día en que murió su madre, las familias gitanas se sumasen a su dolor y se empeñaran en introducir las flores que habían traído en la misma sepultura. Aquello le emocionó y no lo olvidará jamás.

Carmen, como los mejores profesionales de la enseñanza, aplicaba el sentido común. Sabía que, a pesar del aparente sedentarismo, el niño gitano llevaba en la sangre aún los ritmos musicales de oriente y el amor por el ganado equino. Sobre aquella base, no le extrañaba que el balón, mágico para los niños payos, al alumnado del cerro de las Mártires no causase la menor atención.

Sus discípulos eran vivarachos, inquietos, llevaban el ritmo en el cuerpo, entendía de caballos y ferias como sus padres, amaba lo concreto y odiaban cualquier abstracción. Por eso, cuando un día salía de su lápiz una trémula firma, brotaba de su cara la satisfacción más plena que nos podemos imaginar, porque aquel gesto iniciático le abría de par en par las puertas del trato.



Carmen Ibor, primera por la izquierda en una actividad extraescolar. Mediados de los ochenta.

Su compromiso social hizo que cuando Javier Osés Flamarique llegó a Huesca como obispo, Carmen tuviera en él un fuerte apoyo moral. “Aún le pido a don Javier” – confiesa.

“Lo viví de noche y de día, y ellos, los gitanos, lo sabían. A veces, me despertaba de noche y me decía a mí misma: cuida, Carmen, que a ese no lo has hecho leer hoy y perderá comba...”

Desde la escuela de los Mártires a hoy han pasado muchas cosas buenas. En la actualidad España constituye un referente a nivel europeo de la integración escolar del alumnado gitano. Hoy la ambición es otra, como promueve la Fundación Secretariado Gitano con su campaña “De mayor quiero ser...”. El reto es que dicho alumnado culmine la Enseñanza Obligatoria. Todo un reto para un grupo étnico que se hace mayor muy deprisa y ubica sus intereses lejos de las aulas.